

GARCÍA MAROTO Y EL *LIBRO DE POEMAS* DE GARCÍA LORCA

Fue un amigo granadino, José Mora Guarnido, quien por primera vez puso en duda que Federico García Lorca fuera autor de las "Palabras de justificación" que encabezan su primera colección de versos, *Libro de poemas*, volumen impreso en Madrid en junio de 1921. Mora no lo dio por cierto, pero en sus memorias, publicadas más de treinta y cinco años después, sí insinuó que el responsable de este prólogo, como de muchos otros aspectos fundamentales del texto, bien podría haber sido el editor del libro, Gabriel García Maroto, "ese gran tipo humano, poeta, crítico, pintor, impresor, que a la sazón tenía una imprenta en Madrid". Según Mora, Maroto tuvo que presionar mucho a Lorca para conseguir que éste, siempre renuente a ver sus poemas impresos, accediera a la edición: "le arrebató casi a la fuerza los originales de su primer volumen, los corrigió, lo persiguió implacable para que le ayudase a la selección y ordenamiento y le escribiera un breve prólogo". Afirmación esta última que a renglón seguido Mora luego matiza, extremando el punto: "Tengo para mí que las breves líneas de presentación que figuran al frente del *Libro de poemas* y que firma Federico, las escribió el propio Maroto, en vista de que no había forma de que el poeta lo hiciera"¹. Es decir, Mora Guarnido promueve la leyenda del poeta totalmente despreocupado por la suerte que pudiera correr la edición de su libro.

¹ JOSÉ MORA GUARNIDO, *Federico García Lorca y su mundo. Testimonio para una biografía*, Losada, Buenos Aires, 1958, pp.121-122. En las pp. 219-220, y refiriéndose nuevamente a las líneas de presentación, Mora agrega: "...fue el editor García Maroto quien las redactó apuradamente; a último momento, en vista de que Federico no le entregaba el texto prometido, el libro ya estaba paginado y foliado y costaba más rectificar toda la tarea hecha que suplantar al autor en unas líneas sin responsabilidad".

En fechas más o menos recientes, esta hipótesis ha despertado reacciones encontradas entre los críticos que se han ocupado del tema. En 1982, en su edición del *Libro de poemas*, Ian Gibson parece aceptar las especulaciones de Mora sobre la autoría del prólogo; apoyándose en el testimonio oral del hermano menor del poeta, Francisco, también opina que “la preparación y corrección del texto fue obra, casi, o totalmente, exclusiva de García Maroto”². Mario Hernández, en cambio, en otra edición del mismo libro publicada dos años más tarde, tras una cuidadosa y detallada discusión del tema, decide no concederle demasiado crédito a los recuerdos y suposiciones de Mora: si bien acepta que “Lorca necesitó siempre copistas y editores que pusieran a punto sus manuscritos”, desecha como “improbable” el que el prólogo fuera escrito por Maroto³. Los argumentos esgrimidos por Hernández parecen haber sido suficientemente convincentes para que, al año siguiente, el mismo Gibson, corrigiéndose, adoptara una visión similar; en lo que corresponde al prólogo, por ejemplo, ahora reconoce que: “tanto el tema como el estilo son netamente lorquianos”⁴. Y sin duda las ponderadas conclusiones a las que llega Hernández en su edición serían las que, hoy en día, cuentan con una aceptación más generalizada. Aunque, dicho esto, hay que reconocer que, ante la ausencia de pruebas más contundentes, sigue existiendo cierta duda, cierto margen de incertidumbre, que, por ejemplo, en 1988 permitió al crítico José Luis Morales, en uno de los escasos trabajos dedicados a recordar la figura de Maroto, afirmar sin tapujos que las “Palabras de justificación” del libro “pueden atribuirse perfectamente a García Maroto, tal y como ya apuntó Mora Guarnido”⁵.

Con la esperanza de ayudar a despejar las dudas que pudieran todavía persistir con respecto al grado de participación de Maroto en la edición del *Libro de poemas*, en la presente nota quisiera llamar la atención sobre un testimonio que hasta ahora no se ha tomado en cuenta en absoluto: el del propio Maroto. Tal vez por no poder

² IAN GIBSON, en la “Introducción” a su edición de Federico García Lorca, *Libro de poemas*, Ariel, Barcelona, 1982, p. 6. Sobre esta edición, véase la detallada reseña de ANDREW A. ANDERSON, *BHS*, 64 (1987), 171-172.

³ MARIO HERNÁNDEZ, en la “Introducción” a su edición de Federico García Lorca, *Libro de poemas*, Alianza, Madrid, 1984, pp. 37, 33.

⁴ IAN GIBSON, *Federico García Lorca*, t. 1: *De Fuente Vaqueros a Nueva York (1898-1929)*, Grijalbo, Barcelona, 1985, p. 645.

⁵ JOSÉ LUIS MORALES Y MARÍN, en el “Prólogo” a la reedición facsimilar de Gabriel García Maroto, *La nueva España, 1930*, Tecnos, Madrid, 1988, p. xxii.

contar en España con información confiable al respecto, en su mencionado estudio sobre la carrera del pintor, impresor y editor, y refiriéndose ya a la época de la guerra civil, Morales y Marín asigna a Maroto una “prematura muerte, apenas acabada la contienda”⁶. En realidad, no fue así: a raíz de la guerra civil, Maroto se exilió en México, país en el que ya había pasado un tiempo muy fructífero hacia finales de los años 20; retomó aquí sus intereses artísticos y pedagógicos; y antes de morir en 1969, a los 84 años, llegó incluso a publicar varios libros, entre ellos la propuesta de un ambicioso plan nacional de educación artística, *Promoción de México. Caminos hacia su integración. Raíces. Esfuerzos. Testimonios* (1958), libro curioso que, como indica el título, se apoya en parte en testimonios del propio Maroto sobre su larga carrera artística. Y precisamente en las páginas dedicadas a recoger estos testimonios personales encontramos, entre muchos otros relatos de interés, los recuerdos de su experiencia al frente de la “Imprenta Maroto”.

Según señala ahí, Maroto montó esta pequeña imprenta en la calle madrileña de Alcántara, a principios de 1921. Por medio de ella esperaba poder cumplir “un deseo alimentado íntimamente a lo largo de mucho esfuerzo, de muchas ansias razonables: ligar las artes, las letras y las obligaciones políticas a que un hombre de mis características debía entregarse activamente, con un trabajo artesanal lleno de posibilidades”⁷. Aunque hay datos que comprueban que Maroto, de origen muy humilde, sí se sentía atraído ya desde entonces por doctrinas socialistas, el énfasis puesto aquí en sus actividades políticas sin duda refleja el juicio del militante comunista en que se convertiría, más que la actitud del joven vanguardista de 1921. Prueba de ello es el hecho de que el cliente más famoso de la imprenta fuera nadie menos que el poeta “puro” por antonomasia, Juan Ramón Jiménez, quien encargó a la “Imprenta Maroto” la edición de los primeros números de la revista *Índice*. Sobre su relación con Jiménez versan, por cierto, los primeros recuerdos de Maroto de este capítulo de sus memorias:

¿Clientes? Hubo muchos, y complicados, exigentes de lo imposible, como en el caso de Juan Ramón Jiménez, por otra parte tan mi amigo, capaz de romper amistades por los más fútiles motivos, pero, so-

⁶ *Ibid.*, p. xxv.

⁷ *Promoción de México. Caminos hacia su integración. Raíces. Esfuerzos. Testimonios*, Guías Mexicanas, México, 1958, p. 32. Las citas que en adelante se tomen de esta fuente se identificarán en el cuerpo del texto, especificando únicamente el número de la página.

bre todo, por todo lo relacionado con la impresión más o menos lograda de una tarjeta, un folletito, un libro, o una revista literaria de las calidades que tuvo *Índice*, de la cual don Alfonso Reyes, el mexicano madrileño, fue promotor sobresaliente, y que se imprimió, en sus primeros y laboriosísimos números, precisamente en nuestra imprenta (p. 33)⁸.

El primero de los cuatro números que tendría la revista se publicó en julio de 1921, cuando el *Libro de poemas* de Lorca ya estaba en las librerías. Sin embargo, el hecho de que un poeta tan exigente y tan prestigioso como Jiménez hubiera encargado a Maroto la impresión de su revista, sin duda habría pesado en la decisión de Lorca de confiar la publicación de su libro al mismo impresor. Sea como sea, según Maroto sigue explicándonos, fue Jiménez quien le presentó a Lorca, con lo cual se inició una larga amistad entre ambos; porque, como Maroto luego agrega, con el tiempo los dos volverían a coincidir tanto en Madrid, como en Granada, Nueva York y La Habana. En Madrid, el principal lugar de encuentro sería la Residencia de Estudiantes, que Maroto visitaría con frecuencia y donde trataría no sólo a Lorca, sino también a otros residentes, como Emilio Prados y Luis Buñuel. En 1923, incluso llegaría a montar ahí una obra de teatro:

Frecuentador asiduo de la Residencia de Estudiantes de Madrid, donde tengo muchos amigos, empezando en la dirección [Alberto Jiménez Fraud] y pasando por los Moreno Villa, [Ricardo de] Orueta, Prados, Lorca y otros, y en mi calidad de pintor con sentido plástico nuevo, monto, a solicitud de Zenobia y Juan Ramón Jiménez, *El cartero del Rey*, en la traducción que realizaron éstos, y en cuya pieza teatral cubre el papel de Ragupati el aragonés residente, atlético, de voz ronca voluminosa, gran director de cine hoy, Luis Buñuel (p. 35).

Colaboración esta, la de Buñuel con Jiménez, que no deja de sorprender, sobre todo cuando se piensa en los insultos que, en pleno furor surrealista, Buñuel habría de lanzar muy poco después en contra del autor de *Platero y yo*.

Sobre la edición del *Libro de poemas* de Lorca, los recuerdos de Maroto, bastante precisos, son motivados, en parte, por los comentarios al respecto que ha leído en un libro pionero sobre Lor-

⁸ Algún indicio de los problemas surgidos entre Maroto y Jiménez encuentra eco en JUAN GUERRERO RUIZ, *Juan Ramón de viva voz*, Ínsula, Madrid, 1961, p. 47.

ca que publicó Ángel del Río en la *Revista Hispánica Moderna*, en 1940. (Maroto no pudo conocer el libro de Mora Guarnido, puesto que éste no aparecería publicado en Buenos Aires sino unos seis meses después del suyo en la ciudad de México.) Sobre la edición del *Libro de poemas*, Del Río señala lo siguiente:

A instancias reiteradas de Maroto, metido entonces con gran energía en uno de sus repetidos intentos editoriales, Lorca decide la publicación de sus versos juveniles, después de una purga rigurosa y en 1921 aparecía su primera obra poética, el *Libro de poemas*⁹.

Después de leer (y citar) este comentario de Del Río, Maroto se siente obligado a añadir “algunos precisos detalles de un interés complementario”:

Como impresor y como amigo del asesinado poeta, quien tenía para mí respeto, estima y comprensión valorativa acerca de vida y carácter, sabiendo que tenía obra hecha que acaso pudiera perderse si no se intervenía, por otros, para “guardarla” o publicarla, le requerí la entrega de ella sugiriéndole la posibilidad de convertirla en libro, en su primer libro de versos, que muchos esperaban ya, dada su fama de juglar en los medios literarios y artísticos (p. 34).

A pesar de la sintaxis algo tortuosa que caracteriza la prosa de Maroto, un primer punto se esclarece al leer este párrafo: efectivamente, la iniciativa para la publicación del libro la tomó el editor, tal como afirmaron Mora Guarnido y, antes que él, Ángel del Río. Sobre la reacción de Lorca a esta propuesta, recuerda Maroto lo siguiente:

Federico se entusiasmó, se desilusionó, se volvió a encantar con la idea, y, por fin, me llegó una tarde a la casa, que no a la imprenta todavía, que ello pudiera suponer “el hecho consumado” que su condición tornadiza y el miedo a romper el encanto de sus primerizas labores se esforzaba por dilatar, con un maletín viejo y grande, sin duda usado por los padres durante mucho tiempo, que arrojó ante mí, cómicamente temeroso y rendido por el esfuerzo y el peligro que su decisión suponía, pues su anticipación curiosa daba por realizado el libro (p. 34).

⁹ ÁNGEL DEL RÍO, “Federico García Lorca (1899[sic]-1936)”, *RHM*, 6 (1940), p. 200. Curiosamente, al reproducir este fragmento, Maroto introduce una frase incidental de su propia invención: “Maroto, con quien le unía una amistad entrañable...” (p. 34).

Maroto confirma aquí un rasgo de la personalidad del poeta que otros muchos han señalado: el temor de “romper el encanto” de sus poemas al darlos a la imprenta; un temor que en esta ocasión, como sabemos por su correspondencia, Lorca sólo pudo vencer llevado, por un lado, por las presiones ejercidas sobre él por su familia (que le pedía alguna prueba más convincente de su talento como escritor) y, por otro, por su propia conciencia de que era necesario dar por terminada esta primera etapa en su vida, para poder entregarse por completo a la etapa nueva que ya había empezado. La indecisión del poeta sin duda era muy real, pero, con todo, no deja de ser significativa la importancia que el propio Maroto atribuye a ella en su relato, al subrayar el carácter irrevocable que, según él, asumía para Lorca el simple hecho de entregar sus papeles al editor. Porque al destacar este rasgo de Lorca, el editor parecería querer explicar (y justificar) las libertades que luego reconocería haber tomado al realizar su edición... Pero ¿qué había en el maletín?

Dentro del maletín hallé millares de hojas manuscritas sueltas, revueltas, golpeadas, manchadas y sin ninguna relación entre sí por la numeración, el alfiler o el doblado de esquinas (p. 34).

En una nota de pie de página, al recordar su asombro ante el desorden en que el poeta guardaba sus papeles, el autor de *Promoción de México* agrega lo siguiente: “No olvidaré nunca aquel caos juvenil y poético, que se me vino hasta las manos como pidiendo ordenación, recriminando al granadino un tan impropio tratamiento” (p. 34). Nota que subraya lo que Maroto ya había insinuado desde el principio de su relato: a saber, que Lorca no tenía ningún texto listo para su publicación. Lo que recibió Maroto fue tan sólo un montón de manuscritos, que Lorca le entregó así, con la esperanza de que el otro los “convirtiera” en libro, tal y como éste le había ofrecido hacer. Y fue por eso, con el fin de dejar al otro iniciar su trabajo, que, apenas efectuada la entrega, Lorca se retiró nerviosa y apresuradamente, como luego relata Maroto:

Haciendo conmigo aspavientos acerca del “regalo” traído, como se empeñaba en decir, salió corriendo de la pieza dejándome entregado ya a la tarea primaria y discriminadora de poner orden en el caos, relación entre tema y tema, y comenzar a interpretar la endiablada caligrafía en que se manifiestan éstos (p. 34)¹⁰.

¹⁰ Para ilustrar lo difícil que le había resultado descifrar esta caligrafía, en su texto Maroto reproduce, junto con dos fotografías de Lorca, una dedicatoria

Al referirse a su trabajo como editor, Maroto sólo habla de “poner en orden” y de “interpretar”: de descifrar la caligrafía del poeta, por un lado, y de ordenar los poemas, relacionándolos por temas, por otro; en ningún momento reconoce haber hecho una selección; aunque sí define su tarea inicial como “primaria y *discriminadora*”. ¿Esta discriminación abarcaba un proceso de selección? El punto no deja de tener cierta importancia, sobre todo cuando se recuerda la afirmación de Mora Guarnido de que Maroto había perseguido a Lorca, para que éste “le ayudase a la *selección* y ordenamiento” de los poemas. ¿Maroto llegó a colaborar en ese sentido? ¿O la selección ya estaba hecha cuando Lorca le entregó el maletín? Maroto se refiere a los “millares de hojas” que recibió de manos del poeta, referencia que, aun descontando cierta exageración, natural en estas circunstancias, parecería indicar un volumen muy por encima de las doscientas (o, cuando mucho, trescientas) hojas correspondientes a los 67 poemas que, junto con algún otro que el poeta agregaría a última hora, formarían el libro publicado¹¹. El estado caótico en que Maroto recuerda haber recibido estos originales, tampoco da pie para pensar en una rigurosa selección ya hecha por el poeta. Pero, repito, en este punto, el testimonio del editor, por desgracia, no nos permite llegar a ninguna conclusión firme¹².

Sobre su participación en las difíciles tareas de transcribir los textos y de ordenarlos, Maroto tampoco es todo lo preciso que uno quisiera. En términos generales, deja en evidencia que la res-

suya, escrita en una hoja no identificada: “Para mi queridísimo y *viejo* Gabriel. Con un abrazo de Federico”. Abajo se lee: “Federico García Lorca, en actitud de niño y grande, y un autógrafo del poeta, con las características caligráficas que hicieron difícil a M[aroto] la comprensión y ordenación del *Libro de poemas*” (p. 33). Las dos fotografías son las que aparecen en las páginas 205 y 243 del citado estudio de ÁNGEL DEL RÍO.

¹¹ Como señala MARIO HERNÁNDEZ en su edición (p. 265), todo parece indicar que el poema “El camino” “fue añadido cuando el libro estaba en pruebas de imprenta foliadas”.

¹² Sobre el contenido preciso del maletín, sólo cabe especular. Lorca había escrito un gran número de poemas en los primeros cuatro años de su carrera poética (1917-1921), de los que los 68 que serían recogidos en el *Libro de poemas*, todos fechados en los años 1918-1920, constituían una parte relativamente pequeña. En la reciente edición de su *Poesía inédita de juventud* (Cátedra, Madrid, 1994), CHRISTIAN DE PAEFE recoge, de los años 1917-1919, nada menos que 155 poemas inéditos; es decir, más que el doble de los publicados en el *Libro de poemas*. Y, desde luego, entre 1919 y 1921, Lorca había escrito muchísimos más poemas de los que se publicaron en el *Libro*: entre otros, algunos de los que formarían sus *Suites*.

ponsabilidad en ambas tareas había recaído principalmente sobre él. Incluso reconoce haber reclamado para sí una libertad absoluta a la hora de asumir esta responsabilidad:

A los pocos días le llamaba [a Lorca] para decirle mi opinión favorable al libro, lo que le arrancó unos suspiros de extremada comicidad, que representaban alivio a sus preocupaciones de los últimos tiempos, e indicándole las condiciones en que la edición debía hacerse, pie forzado que suscitara en él la obligación gesticulante de darme libertad total para proceder, pronto y bien, a la realización del libro (p. 34).

Por lo visto, Lorca concedió a Maroto la libertad de acción que éste le pedía. Pero ¿quiere esto decir que el editor haya actuado con plena y absoluta independencia de Lorca a la hora de fijar el texto? “Achiqué al mínimo sus deberes” es lo único que Maroto nos dice, refiriéndose, desde luego, a los deberes del poeta en relación con la edición. La frase es corta, pero significativa: deja constancia de que sí hubo colaboración entre editor y poeta en ese rubro, que no todo fue obra de Maroto. ¿En qué habría consistido esta colaboración? Aunque en *Promoción de México* Maroto no entra en detalles, por fortuna contamos con otras fuentes de información al respecto. Gracias a una carta (sin fecha) que Maroto envió a Lorca, se sabe, por ejemplo, que el editor entregó al poeta una primera versión del libro (que podría haber sido, si no las primeras pruebas de imprenta, sí un apógrafo del texto proyectado) para que éste no sólo revisara la transcripción, sino también agregara detalles que Maroto consideraba importantes:

Pon al pie de cada poesía el día, mes, año, y sitio en que la escribiste. Aparte de que fija fielmente tu obra en el tiempo me va a mí muy bien para la cosa plástica de la tipografía.

Supongo que tendrás enseguida corregido esto. Me conviene porque quiero terminarlo pronto.

Mañana si no llueve mucho pasaré el día en la sierra. Si hoy lo corriges lo traes, ¿no?¹³.

Puesto que Lorca parece haber cumplido la primera solicitud de Maroto (en el libro todos los poemas menos el que se insertó a última hora llevan, debajo del título, constancia de la fecha y el

¹³ De una carta sin fecha cuyo original se conserva en Madrid, en la Fundación Federico García Lorca. Fue dada a conocer por IAN GIBSON, en el primer tomo de su biografía de Lorca, *op. cit.*, p. 290.

lugar en que fueron redactados), cabe pensar que también cumplió con la segunda: la corrección del texto. Es decir, aun cuando la iniciativa en la transcripción, el orden y la presentación de los poemas la haya tomado Maroto, se ve que éste, para hacerlo, contaba con la colaboración y la autorización del autor, quien, por otra parte, según el testimonio de un tercero, Juan Guerrero Ruiz, visitaba la “Imprenta Maroto” no sólo para ver cómo avanzaba el trabajo, sino también para ayudar en lo que pudiera. Guerrero, quien, en su papel de secretario de la revista *Índice*, visitaba la imprenta con cierta frecuencia, recuerda cómo

en la primavera de 1921 encontré un día trabajando en las cajas a un joven moreno, alegre, que sonreía siempre, manchadas cara y manos de tinta de imprenta. Era Federico García Lorca, que gustaba de acudir allí, donde se estaba componiendo su *Libro de poemas*, publicado aquel año¹⁴.

Testimonio importante que confirma, como digo, la estrecha colaboración que, a pesar de la “libertad total” otorgada a Maroto, llegó a desarrollarse entre el poeta y su editor-impressor.

Resueltas así, en lo posible, las dudas en cuanto al grado de participación de Maroto en la edición de los poemas, sólo queda por esclarecer la cuestión del prólogo. Según los recuerdos de Maroto, las “Palabras de justificación” que encabezan el libro fueron otro detalle de la edición que Lorca le facilitó a petición suya:

Achiqué al mínimo sus deberes, pero sí le obligué a aceptar la necesidad absoluta de dar en prosa explicaciones muy escuetas de lo contradictorio, atrabiliario e infantil que en el libro pudieran ver los lectores presuntos, y que ese texto sugerido debería de ser autocrítico, breve, comprensible, y realizado en poco tiempo, toda vez que él tenía interés en salir “al ruedo muy pronto”, dispuesto a recibir cornadas del público amigo o enemigo (p. 34).

Aunque no fuera su intención, este párrafo deja ver lo difícil que le había resultado a Maroto no sólo ordenar textos de carácter tan “contradictorio” como le parecían éstos de Lorca, sino también superar su temor de que los lectores pudieran ver en el libro publicado tan sólo un fondo “atrabiliario e infantil”. Y de ahí el prólogo, que con toda seguridad Lorca no hubiera escrito si Maroto no

¹⁴ ENRIQUE CANITO, “Entrevistas. Juan Guerrero, Cónsul de la Poesía”, *Íns*, 1955, núm. 12, p. 9.

lo hubiera presionado a hacerlo, contagiándole de esta manera sus propios temores. Se trata, en efecto, de un texto breve y comprensible, pero mucho menos “autocrítico” de lo que Maroto parece haber esperado. En él, si bien acepta que las páginas de su libro resultan “desordenadas”, Lorca no busca disculparse, sino, al contrario, afirmar los valores vitales que, muy por encima de cualquier consideración literaria o artística, cree encontrar en ellas:

Se hermana el nacimiento de cada una de estas poesías que tienes en tus manos, lector, al propio nacer de un brote nuevo del árbol músico de mi vida en flor. Ruindad fuera el menospreciar esta obra que tan enlazada está a mi propia vida:

Sobre su incorrección, sobre su limitación segura, tendrá este libro la virtud, entre otras muchas que yo advierto, de recordarme en todo instante mi infancia apasionada correteando desnuda por las praderas de una vega sobre un fondo de serranía¹⁵.

Presionado por Maroto, Lorca se defiende, como se ve, ante un lector todavía inexistente, pero presuntamente hostil, “justificándose” en un tono exaltado y combativo que habría extrañado a más de uno. Sobre el extraño tono de este texto habría de insistir, por cierto, el crítico (y amigo) Adolfo Salazar en una carta personal enviada al poeta, en la que, junto con otros comentarios sobre el libro, censuró el prólogo: en éste, le dijo, “oigo como un eco engolado que no es tuyo”¹⁶. Y, es cierto, al leer estos dos últimos párrafos del texto, uno percibe un tono no sólo exaltado, sino (en momentos) incluso agresivo, que resulta insólito en el poeta granadino. Un tono insólito que, por ello mismo, tal vez haya llevado a otros amigos del poeta, como Mora Guarnido, a dudar de que el propio Lorca haya redactado el texto. Y visto así, el error resulta al menos entendible. Porque si bien es cierto que Lorca redactó el texto, el tono del mismo debe no poco, como acabamos de ver, a las incitaciones (y temores) de Maroto.

En su respuesta a Salazar, Lorca le da la razón en muchas de las observaciones que el crítico le ha hecho con respecto a las de-

¹⁵ Puesto que no tengo acceso a un ejemplar de la edición *princeps*, sigo aquí el texto que fijó MARIO HERNÁNDEZ, en su citada edición del *Libro de poemas*, p. 45.

¹⁶ De una carta del 31 de julio de 1921 que se conserva en la Fundación Federico García Lorca. El fragmento lo reproduce CHRISTOPHER MAURER, junto con fragmentos de otras cartas relacionadas con la publicación de *Libro de poemas* (y de otros libros posteriores de Lorca), en “De la correspondencia de García Lorca: datos inéditos sobre la transmisión de su obra”, *Boletín de la Fundación Federico García Lorca*, 1987, núm. 1, p. 62.

ficiencias de su obra, aunque sin hacer referencia explícita al prólogo: “Estoy en absoluto conforme contigo en las cosas que *me echas en cara de mi libro*. ¡Hay muchas más!..., pero eso lo vi yo antes... Lo que es malo salta a la vista...”¹⁷. Confiesa que el libro le parece un libro de adolescencia, superado, según espera, por las cosas nuevas que está escribiendo. Por otras fuentes sabemos que tiene entonces proyectado publicar a fin de año, y otra vez con Maroto, un segundo libro de poemas, posiblemente sus *Suites*¹⁸. El proyecto no se llevaría a cabo, pero el hecho mismo de que existiera parecería confirmar que Lorca se sentía bastante satisfecho con el desempeño de Maroto como editor. En cuanto al propio Maroto, como éste señala al terminar sus recuerdos del episodio (y a pesar del fracaso del otro proyecto anunciado), siempre se sentiría orgulloso de haber ayudado a lanzar a Lorca en su breve pero brillante carrera como poeta:

Pronto se imprimió y salió a luz el *Libro de poemas*, con la autocrítica exigida por mí, escrita en prosa más o menos lírica, iniciándose, sin rezagos confusionarios al respecto, el deslumbrante recorrido poético impreso que propiciamos yo y la “Imprenta Maroto”, pobre, pequeña y eficiente en 1921 (pp. 34-35).

Al finalizar este capítulo de sus memorias, Maroto agrega que, de haber querido, hubiera podido escribir más sobre sus recuerdos de Lorca. Y es de lamentar que no dedicara más tiempo a evocar al poeta y al amigo. Prefiriendo ocuparse únicamente de la edición del *Libro de poemas*, ha dejado, de todos modos, datos importantes que, según espero haber demostrado, sirven, si no para aclarar todas las dudas que han surgido con respecto a la compleja historia de colaboración que hay detrás de la aparición del libro, al menos para centrar la discusión crítica en terrenos más firmes y más seguros. Si bien es cierto que Mario Hernández, en su esmerada edición del libro, ya había formulado varias hipótesis que ahora se ven confirmadas, también desarrolló otras (de menor envergadura) que el testimonio de Maroto tiende a desmentir; en uno y otro caso convenía, desde luego, saberlo.

JAMES VALENDER
El Colegio de México

¹⁷ De una carta de Lorca a Salazar, del 2 de agosto de 1921, que fue dada a conocer por MARIO HERNÁNDEZ, en *Trece de Nieve* (Madrid), 1976, núms. 1/2, p. 33.

¹⁸ Véase MAURER, art. cit., p. 61.

